

SI HAY QUE PROCEDER PAULATINAMENTE

Andrés Carlstadt

Introducción

Fuentes: Hertzsch, *Karlstadt*, I. págs. 74 y ss; Fast, *Linker Flügel*, págs. 251 y ss.

Mirando desde la perspectiva del desarrollo posterior, podemos decir que Carlstadt representaba dentro de la región dominada por Lutero las posiciones "zinglianas". Se preocupaba por la forma correcta de una Santa Cena evangélica, mientras que para Lutero era suficiente purificar la misa tradicional de elementos falsos.

En su rechazo del uso de las imágenes ("ídolos", la preocupación, principal de la presente obra) o de otros rituales ("ceremonias") Carlstadt concordaba también con las posiciones que iba a tomar la reforma zingliana.

Sin embargo, la primera tensión entre Carlstadt y su colega Lutero no se produjo en cuanto a una diferencia básica doctrinal, sino de táctica. Se trataba de si al practicar la Reforma había que proceder rápidamente o, por el contrario, tomar precauciones para no ofender al pueblo espiritualmente inmaduro. Lutero quería los mismos cambios, pero sin apresuramiento, y sin dar tanta importancia a cosas externas. Para Carlstadt, esta diferencia de "táctica" reformadora vuelve a ser en sí una pregunta teológica: ¿la Reforma debe guiarse por consideraciones tácticas o por pura obediencia a las claras palabras

divinas? El ejemplo más evidente de esta problemática es el de las "imágenes" ¹, dado que Carlstadt suponía una equivalencia exacta entre el uso de estatuas y cuadros en el culto católico y la idolatría del Antiguo Testamento.

La firmeza de la posición de Carlstadt agradó a los zuinglianos radicales ². Sin embargo, en la materia misma de su visión reformadora, Carlstadt se halla más cerca no a Zuinglio que a Grebel y Mantz. Recibe su orientación de la ley mosaica, no del Nuevo Testamento; quiere poner en vigencia su reforma por autoridad de la administración cívica y eclesiástica, haciéndola obligatoria para todo el pueblo. Es decir: su visión es también la de una reforma oficial, no de una Iglesia con membresía voluntaria.

Ponemos como anexo al escrito de Carlstadt otro de Lutero que aclara su perspectiva acerca del aplazamiento de la realización de la Reforma completa. Se trata de un extracto del prefacio de su Misa alemana y Ordenamiento del culto, de 1526.

El "tercer orden" del culto que describe sería una iglesia libre, con membresía voluntaria, del tipo casi "anabaptista". No sería meramente una ecclesiola in ecclesia, un círculo pietista dentro de la Iglesia oficial, sino que tendría sus sacramentos propios, sus ministros, su disciplina y su compartir económico.

Los motivos de Lutero para no iniciar tal tipo de congregaciones tienen dos aspectos: por un lado no había gente que se lo pidiera a él (existían muy pocos creyentes), y, por otro lado, si él lo hubiera hecho por propia iniciativa, habría sido una empresa facciosa.

Hay que yuxtaponer esta aclaración con los argumentos de Carlstadt, Müntzer y Grebel contra la Schonung ("tolerancia"). También es interesante comparar los juicios respectivos en cuanto a la calidad moral del cristianismo de las masas.

SI SE HA DE PROCEDER EN FORMA PAULATINA EN LOS ASUNTOS QUE ATAÑEN A LA VOLUNTAD DE DIOS PARA NO ESCANDALIZAR A LOS DÉBILES

A mi muy amado hermano en Cristo, Bartel Bach, secretario del ayuntamiento de la ciudad de Joachimsthal, le deseo yo, Andrés de Carlstadt, el conocimiento de Dios a través de Jesucristo, nuestro Señor.

Querido hermano:

En respuesta a mis noticias acerca de algunos cambios ocurridos aquí, me escribís comunicándome que, entre vosotros deseáis seguir paulatinamente, y me dais a entender en forma velada en esa carta que, a causa de los débiles, para evitar escándalo, no se debe proceder rápidamente sino en forma lenta. Así no estáis haciendo otra cosa que aquello que hace hoy todo el mundo, que clama: "¡Los débiles, los débiles! ¡Los enfermos, los enfermos! ¡No apresurarse! ¡Lento, lento!" No os culpo por ello. Empero, por más que en este caso habláis con la gran mayoría al decir: "¡Lento! ¡Los enfermos! ¡Más consideración y gentileza!", debo deciros que ni en este caso ni en otros asuntos que atañen a Dios debéis tener en cuenta lo que dice o juzga la gran mayoría, sino que sólo debéis atender a la palabra de Dios. Porque es evidente que los príncipes de los escribas y toda su gente se han equivocado en ocasiones y pueden equivocarse. Por eso Dios dispuso lo que habían de sacrificar los príncipes y toda su asamblea o concilio, por su ignorancia y su error (Lv 4: 13 ss). De esa manera Dios pone de manifiesto con toda claridad que todos los eruditos y príncipes, y todo el pueblo pueden equivocarse y tropezar. Por eso Dios ha hecho decir, en general y en particular, que cada cual debe perseguir la justicia por su propia cuenta y que nadie debe seguir a los muchos para apartarse del bien (Ex 23: 2). Dios considera una prostitución y califica de ojos lascivos a los que miran otras cosas que no sean sus directivas, es decir, la palabra de Dios. Dios nos ha prohibido seguir nuestros propios pensamientos. Toda nuestra intención de hacer o decir como otra gente hace o dice, o como se nos antoje, es cortada y segada conjuntamente (Mt 16; Dt 12: 4). Toda la sabiduría de los sabios debe perecer para que surja la sabiduría divina (Is 29: 15). No sólo vuestra propia sabiduría, querido hermano, debe desvanecerse y convertirse en necedad, sino la sabiduría de todos los demás hombres, a fin de que os dejéis mover contra doctos, y no doctos y a fin de que encontréis directamente la verdad auténtica, que os libera y no permite que fracaséis por la eternidad. Ved: así como vosotros mismos sois un junco¹ que debéis evitar, así todos los eruditos han de volverse débiles juncos a vuestros ojos. Sólo la verdad desnuda ha de ser vuestro suelo y vuestra roca. Cuando la tengáis, permaneceréis impasibles, sin vacilaciones, aun cuando todos los eruditos se trasformaran y los apóstoles apostataran de la fe (si esto fuera posible). Porque Pablo dice: "Mas si aun nosotros o un ángel os enseñare otra cosa, sea anatema" (Gl 1: 8 s). Quien comprende

a fondo y capta la verdad permanece en ella, aunque Pablo predique en contra. Por eso, aquél que quiera resistirse contra el embate del viento y las olas (Mt 9, 24 ss) debe mostrar celo en conocer los verdaderos motivos de Dios. Ésa es la razón por la cual Dios ordenó, a través de Moisés, a todos los judíos que se hicieran franjas y cordones amarillos (en los bordes de sus vestidos) (Nm 15: 37 ss), para que cuando los vieran (cosa que tenía que suceder a diario) se acordaran de pensar en sus mandamientos. Mas de eso se deduce que estamos sujetos a la Escritura, de modo que nadie pueda guiarse por el arbitrio de su propio corazón (Jer 25: 16), y que también se prostituyen aquellos que buscan otras cosas que no sean la palabra de Dios. Y, en verdad, es auténtica prostitución y adulterio espiritual, por pequeña o insignificante que parezcan a la carne y a la razón tales distracciones y deseos. Porque Dios es un esposo del espíritu creado, que es despreciado o ignorado y olvidado, no bien el alma considera en asuntos divinos otras cosas que no sean su palabra; si es cierto que nadie puede servir a dos señores, que un siervo de dos señores debe abandonar a uno si es adicto al otro. Pero el adulterio espiritual es siempre un vicio diabólico y grande. En este vicio caen todos los hombres que respetan más a los príncipes de los escribas o a una gran multitud como la del concilio que a la palabra de Dios o que tienen en cuenta algo que no sea lo verdaderamente dicho por Dios.

Por eso, querido hermano, no os sintáis menos obligados que el más insignificante a buscar de manera exclusiva, directa y diligente los juicios de Dios que son justos y verdaderos en sí mismos sin tomar en cuenta a los fuertes o a los débiles. La gran mayoría puede equivocarse y hacer que uno se equivoque. Los ungidos² suelen escribir también sobre su unción, porque están exteriormente encañados y también caen en error que disgusta a Dios. Puesto que es así, tenéis que tomar conocimiento de la justicia y la verdad divina y sólo prestar atención a los caminos de Dios y ningún erudito debe representar nada para vosotros y nadie debe esperar a que otro le dé alcance.

En la acción no debe tenerse en cuenta a otros

Como he demostrado ahora, por medio de testimonios de la Escritura, que nadie debe volverse hacia los demás o esperar hasta que los otros lo sigan en el conocimiento de la verdad (Jn 5: 39 ss.), así ocurre también con la acción. Debemos cumplir con todos los man-

damientos de Dios, de acuerdo con nuestra capacidad y no debemos esperar a que los ignorantes o débiles nos sigan. Porque Dios nos ha ordenado siempre eso, para que enseñemos su pacto y actuemos de acuerdo con él. Está escrito: "Aprendedlos y guardadlos, para ponerlos por obra" (Dt 4: 2; 5: 1 s). La acción nos ha sido prescrita a todos, y cada cual debe hacer lo que Dios ordena, aun cuando todo el mundo se quedara atrás y no quisiera seguir.

Mira, yo te pregunto si un hijo no debe honrar a sus padres hasta que los débiles lo sigan y entiendan, y quieran honrar a sus padres. Tendrías que contestar: En verdad, los sabios no deberán privar a los padres del honor que se les debe ni esperar a que todos los menores los sigan en la comprensión y en la voluntad. Pregunto: ¿uno no debe dejar de codiciar los bienes ajenos, hasta que los demás lo sigan? ¿Debe uno robar hasta que los ladrones dejen de robar? Y así sigo preguntando y preguntando acerca de todos los mandamientos, si corresponde esperar a que los otros hayan aprendido y quieran seguir y hacer la voluntad de Dios. Así como he preguntado acerca de los mandamientos, que se refieren al amor al prójimo, así te pregunto también acerca de las obras y actos que se refieren directamente al honrar a Dios. Porque pregunto si debo dejar en pie ídolos que Dios me ha ordenado quitar y dejarlos hasta que todos los débiles me sigan en su remoción. De la misma manera, si debo seguir blasfemando contra Dios, hasta que los otros dejen de blasfemar. Si respondes que sí, los enemigos de Cristo y de Dios podrían decir también, con igual derecho, que los asesinos pueden asesinar, los ladrones robar, los adúlteros cometer adulterio y otros bribones similares incurrir en todo tipo de vicios hasta que todos los bribones se hayan vuelto justos. Porque hay una causa y una razón en todos los mandamientos. Nunca diré que los bribones pueden pecar, porque sé que aun aquellos que caen o quebrantan los mandamientos de Dios por ignorancia, están cometiendo pecado y deberán soportar su castigo por ello (Lv 5: 17). ¡Cuánto más aquellos que toman el partido de los adúlteros, los ladrones, los asesinos y los blasfemos! (Salmo 50: 16 ss.) Por cierto, recibirán el mismo castigo que aquellos que hacen esas cosas por su cuenta. El Señor dice: "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su Señor no se preparó ni hizo conforme a su voluntad recibirá muchos azotes" (Lc 12: 47). Dios azotaría al que peque por ignorancia. Pero ¡cuánto más grave y severo será el castigo para aquel que peque contra sus mandamientos para complacer a un bribón! Pa-

blo dice: "No os unáis a los idólatras, adúlteros y sus semejantes" (1 Co 5: 11). ¡Y tú opinas que hay que proceder paulatinamente y dejar el mal poco a poco! Pero yo sé que san Pedro hará girar también lentamente la llave del cielo, que dicen que él tiene, y vigilará y la hará girar mal en la cerradura ante ellos, y siempre les abrirá con la misma lentitud con que ellos llegaron.

¿Qué puedo decir? ¿Debemos enseñar lentamente los mandamientos de Dios? ¿Debemos esperar a la mayoría? ¿Debe mirarse el uno al otro y esperar para ver quién será el primero? ¡Ah, qué dirían los grandes príncipes si la gente se conformara a los diezmos, tributos y a los servicios obligatorios como se conforma al servicio divino! Arrojan a los desobedientes a las mazmorras y los colocan en el cepo hasta que sus súbditos se vuelven obedientes. Por su furia dictan contra sí mismos el veredicto que Dios les deparará, y que ellos aplican a otros que les desobedecen. ¿Qué señor puede tolerar que, cuando ordena a su servidumbre hacer algo, todos permanezcan inmóviles y ninguno quiera ser el primero o quiera comenzar?

Dios los castigará a todos cuando llame a aquellos que no han comparecido, aun cuando pretexten excusas de oro y aduzcan las mejores razones de amor fraterno. Porque debería ser un gran amor especial entre cónyuges; sin embargo, Cristo dice que es indigno de su Cena aquél que aduzca a su esposa como excusa (Lc 14: 20). Cada cual debe actuar rectamente (cuando comprende lo que es recto), sin timidez y sin mirar en torno suyo.

El decir: "Debéis ser indulgentes por amor fraterno", no indica nada, porque aún no está decidido si su amor fraterno no es un velo anticristiano, por cierto tan maligno y pernicioso como cualquier invento del papa. Pero dejaré este punto sin tocar, por ahora, y diré que Cristo ha abolido y cortado todo amor fraterno que se oponga a su mandamiento o se aparte en lo más mínimo de Dios. Porque el amor cumple los mandamientos de Dios, y es imposible que alguien ame a Cristo y proceda contra su mandamiento o no haga lo que Cristo ordena. Eso surge de sus palabras: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Jn 14: 21). "Quien no odie a padre y madre, a mujer e hijos, no podrá ser discípulo mío", etc. (Mt 12: 30). Y bien, puesto que es imposible que uno ame a Cristo y no viva según sus mandamientos o se mantenga inmóvil y mire a otro, esperando ver si el otro también va a hacer lo que agrada a Dios o si no lo va a hacer, ellos no van a atar un delantal o cortina ante mis ojos para que deje de hacer

algo que Dios quiere que haga o para que haga algo que Dios prohíbe (no lo lograrán), aunque me prediquen y escriban mil años acerca de escándalos y de amor fraterno.

La verdad dice: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lc 9: 62). Y eso dice Cristo de uno a quien Él invitó a que lo siguiera y el cual le dio esta respuesta: "Señor, te seguiré; pero deja que bendiga a los míos o me despidan de ellos" (Lc 9: 61). Y bien, si no es apto para el Reino de Dios quien vuelve la cabeza hacia otros de quienes podría muy bien despedirse, ¿cómo han de ser aptos aquellos que pasan por alto el mandato de Dios y así lo mantienen oculto detrás de la montaña, por causa de otros que no quieren comenzar? La mujer de Lot miró atrás y se convirtió en una columna de sal (Lc 17: 32; Gn 19: 26). ¿En qué se convertirán los que vuelven la cabeza hacia los hermanos lentos y holgazanes, que a veces se mantienen ciegos y perezosos a propósito?

Cuando Cristo dijo a Pedro: "¡Sígueme!" y Pedro dijo: "¿Y qué de éste?", Cristo respondió: "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?" (Jn 21: 19 ss). Y ahora mira: aunque Dios permita que algunos sean perezosos o remisos para aprender y actuar rectamente, ¿lo interpretas tú como si no te hubiera llamado lo suficiente? ¿Quieres preguntar aún lo que deben hacer los demás o cuándo han de venir? ¡No! La orden es "Sígueme". No permanezcas inmóvil ni pienses si los demás también seguirán.

¿Qué preguntó Pedro acerca del amor fraterno de los cristianos a quienes disgustaba que él hubiera bautizado a Cornelio, el pagano (Hch 9-11)? Él hizo lo que él entendía como la voluntad de Dios y no preguntó por nadie. Pero cuando sus hermanos lo aconsejaron con motivo de su acción, dio una respuesta que Dios deseaba. Y, sin embargo, en la acción de Pedro había algo que podía ser rechazado o censurado teniendo en cuenta las palabras de Cristo, que dijo: "Por caminos de gentiles no vayáis" (Mt 10: 5). Por eso, Pedro podría bien haber pensado en el escándalo. Pero Pedro no tuvo en cuenta el escándalo. ¿Qué hemos de hacer en cosas que Dios ha ordenado o prohibido con palabra clara? ¿Debemos evitar el escándalo? Y bien, si alguien dice: "Pedro no es un ejemplo para nosotros; el ejemplo es Cristo ¿por lo tanto damos un ejemplo de Cristo!" A eso yo responderé: Cristo habló con una samaritana (Jn 4) y los judíos no acostumbran a hablar con los samaritanos. Sus discípulos también se sorprendieron ante eso. Pero Cristo no prestó atención a su escándalo;

hizo libremente lo que su Padre quería. Más adelante ilustraré esto con otros ejemplos, como el del sábadó, el templo, los sacrificios, la oración y cosas semejantes.

Pablo es introducido tan vigorosamente en el [tema del] escándalo y en tales cosas, porque lo quieren forzar y obligar a la conclusión de que en las cosas referentes a Dios hay que actuar lentamente y clamar el día entero: “¡Los débiles, los débiles!”, etc.³. Pero yo sé bien cómo atemperarlos y puedo decir libremente que, en cosas más grandes (que nuestras cosas)⁴. Pablo no actuó en forma paulatina y tampoco tuvo en cuenta que algunos se escandalizaban, que estaban enfermos, o eran ignorantes y débiles. Leemos que muchos millares de judíos creían (en Jesús), pero estaban grandemente disgustados con Pablo, porque él enseñaba y predicaba la separación de Moisés, es decir, que no se circuncidara a los niños ni se observaran las costumbres, etc. (Hch 21: 20). Ya ves que Pablo no tuvo en cuenta el escándalo de tantos millares de judíos ignorantes, sino que predicó libremente, sin mostrarse indulgente con los débiles. Aquí replicarás, supongo, que predicar y hacer son dos cosas distintas. A esto digo: predicar es una obra como cualquier otra; no ocurre porque sí. Por eso Pablo evitó de hecho la circuncisión. ¿Cómo se puede decir, entonces, que debemos ser paulinos y no emprender activamente nada que atente contra el amor fraterno? Pero el que Pablo haya hecho luego algo por medio de lo cual acalló el clamor contra él (23 ss) no me convence de que Pablo no haya impedido la circuncisión con hechos. Porque su Epístola a los gálatas es demasiado clara como para que alguien pueda ocultarlo. Y de la misma epístola se infiere que Pablo no tenía en cuenta a los débiles, sino que los arrancaba de Moisés con palabras impetuosas cuando decía: “¡Insensatos! ¿Os dejáis circuncidar?”⁵.

Así rendimos honesta cuenta de que aquí nosotros no hemos tenido obligación de detenernos —ni con la doctrina ni con la acción en el cumplimiento de los mandamientos de Dios— hasta que nuestro vecino o los glotones de Wittenberg siguieran.

Cada comunidad, sea grande o pequeña, debe encargarse por sí misma de hacer las cosas rectamente y bien, sin esperar a nadie.

Dios ha dictado una ley común a la cual se ha de sujetar y por la cual se debe regir todo el pueblo creyente y cada comunidad y cada persona. Y esa ley a la que Dios llama también pacto, sin duda fue repetida o leída ante la totalidad del pueblo, no para que toda la multitud o comuna fuera un cuerpo muerto tal como el cuerpo de la co-

munera inventado por los ciegos juristas, quienes dicen que ese cuerpo no puede oír, ni ver, ni hacer nada (Dt 29: 4); fue leída para que (ese cuerpo) tuviera oídos para oír, ojos para ver y miembros dispuestos a la justicia, para hacer todo lo que pluguiere a Dios. Por eso Dios se quejaba también de los perezosos y amenazaba con castigar a los negligentes, que tenían oídos y, sin embargo, no oían, ojos que no veían, miembros que no actuaban. Es indudablemente cierto que Moisés reunió a toda la multitud de judíos y que repitió los mandamientos de Dios a todo el grupo judío (Dt 4: 1 ss; 5: 1). Pero también decía constantemente, que debían hacer lo que él les enseñaba (Dt 6: 1 ss; 8: 1-11; 11: 1-8); que debían contentarse tanto en su doctrina como en sus obras, de modo que no añadieran nada a la doctrina, pero que tampoco quitaran; de la misma manera que no pensarán en realizar otra obra al servicio de Dios, que lo que él les enseñaba a hacer (Dt 12: 29 ss; Lv 16). Tanto obligó Moisés a su pueblo a la doctrina de Dios, a las prácticas, derechos y obras de la Ley, que ellos no podían ni enseñar ni hacer otra cosa que lo que habían oído. Y por esos lazos, Moisés llamó a la ley un pacto⁶, aunque existen otras razones para hacerlo.

Pero el hecho de que el pacto de Dios abarca cada comunidad individual y también cada hogar —de modo que no hay comunidad ni hogar que pueda permanecer inmóvil, hasta que otros comprendan y se ocupen— se pone de manifiesto con tanta frecuencia sólo en el Deuteronomio, que no considero necesario exhibir una prueba. Cuántas veces aparece escrito: “Debéis escoger e instituir jueces que castigarán a quienes violen la alianza” (Dt 17 y 26). ¿Pronunció Dios estas palabras sólo para la multitud o la comunidad en general: “El Señor tu Dios te ordena actuar de acuerdo con esta ley, usos y derechos, de todo corazón y alma, como has prometido a tu Señor” (Dt 5). ¿Quién puede decir que los mandamientos de Dios sólo deben ser observados en algunas partes y que pueden ser violados en otras partes? ¿Dirás que Dios ha ordenado que los judíos erijan piedras en algunas partes? A eso replicaré que Dios ha ordenado y mandado que nosotros escribamos su pacto (el pacto de sus diez palabras, Dt 4: 13) no sólo en algunas partes sino en los postes de las casas, como recordatorio, y también en las puertas (Dt 6: 6-9), para que floten y permanezcan ante los ojos de la servidumbre de la casa y de toda la comunidad y para que todos recuerden así que deben observar los mandamientos de Dios; no sólo algunos mandamientos, sino todos (Dt 26: 18; 27: 1; 28: 1); no sólo los judíos que oyeron a Moi-

sés en aquel entonces, sino sus descendientes; porque Moisés dice: tus hijos y los hijos de tus hijos (Dt 6: 7); no un día, sino todos los días. toda tu vida, dice Moisés. Cada comunidad tendrá su levita, que proclamará ante ella el pacto de la paz y de la verdad, y cada padre de familia deberá inculcar, renovar y relatar la palabra de Dios a sus hijos. De esto surge que cada comunidad y cada casa debe ocuparse de sí misma, para que se comprendan los mandamientos de Dios y se obre conforme a ellos. Y Dios está tan lejos de desear que nosotros esperemos a otros, hasta que sigan y sean justos, que ha prescrito que se castigue a los impíos, de la misma manera que se castigan otros vicios (Dt 13 y 17) y que se destruyan y se devasten ciudades enteras que quieran permanecer en la idolatría o que no quieran seguir la buena senda. Me sorprende que nuestros escribas y gobernantes castiguen el adulterio carnal y permitan que el adulterio espiritual permanezca impune. Quieren voltear el adulterio espiritual con su aliento y combaten el carnal con espadas, hierro, fuego y ruedas [de tormento]. ¿Pero acaso eso no es un comportamiento lamentable entre cristianos? ¿No es algo diabólico que concedan más importancia y castiguen con más severidad el deshonor humano que el deshonor de Dios? Moisés ordenaba que se ultimara a los idólatras o adúlteros espirituales de la misma manera que a los adúlteros y carnales (Dt 13 y 17). Si leyeran bien a Pablo, verían seguramente, que Pablo no castiga menos a los siervos de los ídolos que a los siervos de la prostitución. No puede estar bien sólo porque ellos quieren que sea así y porque defienden su honor y su hermosa imagen falsa.

La acción debe seguir inmediatamente y siempre a la comprensión

Dios bondadoso ha producido algunas obras externas y ha mostrado, a través de ellas, su amor paternal. Una de ellas es que Dios brindó a nuestros antepasados en maravillosas visiones y sucesos una sabiduría y una comprensión divinas, por su nobilísima palabra, y que [esa sabiduría y esa comprensión] llegaron hasta nosotros a través de nuestros antepasados (Dt 4). Por lo cual toda la gente debería decir, con razón: ¡Sin duda es un pueblo excelente el que merece tan noble ciencia y usos y leyes tan justas! Y Dios nos dio su pacto que contiene nuestra sabiduría y comprensión para que en todas nuestras obras, en todo lo que hagamos y dejemos de hacer, procedamos, vivamos y juzguemos con inteligencia y comprensión (Dt 29). Porque en todas las cosas Dios

quiere tener siervos inteligentes que sepan lo que se debe hacer y lo que se debe dejar de hacer: por qué y en honor de quién lo hacen o lo dejan de hacer. Y debe entenderse en forma dulce y ácida, activa y pasiva lo que Dios nos manda y por qué nos lo manda. Como dice Moisés: "Ahora guardad la palabra de este pacto y proceded de acuerdo con ella a fin de que seáis juiciosos en todo lo que hagáis" (Dt 29: 9); y Pablo: "Mirad, pues, cómo andáis, no como necios sino como sabios (...) por lo tanto no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor" (Ef 5: 15 ss). Por eso Dios se lamenta, a través de Isaías, de que no contemplan su obra (Is 5). Y Cristo con frecuencia censuró a sus apóstoles por no comprender su obra o su doctrina. Pero eso —es decir, comprensión y sabiduría— debe mantenerse no sólo cuando tú hagas algo, sino cuando soportes algo; para que sepas lo que estás soportando y por qué, en honor de quién, en provecho de quién. Porque, como dice Isaías, es característico del padecimiento que las tribulaciones o el destierro otorgan discernimiento (Is 28). Y Moisés dice: "Dios te tienta para que te avergüences por tus pecados" (Lv 26). Y Pablo: "La tribulación produce paciencia; pero la paciencia trae conocimiento o experiencia" (Ro 5: 3), porque la paciencia es un conocimiento y la obra completa de la cual habla Santiago (Stg 1: 4). Sin conocimiento no hay obra de Dios que sea completa. Sin conocimiento somos como una mula o un caballo, en los cuales no hay discernimiento. Por eso, la palabra de Dios nos es revelada por la gracia y a fin de que nos haga prudentes, sabios e inteligentes: entiéndelo por medio del abandono [de sí mismo]. Pero es una cosa grande y altamente valiosa que el misterio de Dios nos haya sido revelado. Los sabios de este mundo consideran un gran privilegio que alguien sea consejero de un príncipe mortal y, ¿quién no tiene presente a alguien que es amado por uno de esos príncipes? Cuánto más ha de ser considerado y cuánto más ha de ser estimado [ese hombre] y valorado (el hecho de) que Dios le haya revelado su misterio; particularmente, porque tiene una nueva, divina y sobrehumana sabiduría. Ésa es una de las razones por las cuales Dios no ha revelado y develado su misterio (Mt 4).

La otra razón es que nosotros tengamos un recuerdo eterno y fijo de todas sus palabras e historias, a fin de que durante toda nuestra vida y en todo momento nada escape a nuestra memoria, para que siempre temamos a Dios y estemos unidos a él. Pero el recuerdo debe ser apasionado, activo y potente, y no debe permanecer inmóvil, sino irrumpir con ardor y ser activo. Porque [ésta] es una regla común: "Maldito

el que hiciere indolentemente o con engaño la obra del Señor” (Jer 48: 10). A pesar de que textualmente se dice acerca de la venganza de Dios “maldito el que de tuviere de la sangre su espada” (ibid.), es mucho más cierto que el caso de otras obras. Porque es verdad que Dios que es misericordioso para perdonar desea el castigo rápido; cuánto más maldecido y cuánta mayor abominación ante Dios será aquél que se muestre lento en el cumplimiento de las obras que se realizan para bien de su prójimo. Dios desea un dador verdaderamente voluntario, que dé pronto y de buen grado. Un ánimo pronto, bien dispuesto e inclinado a la acción, place a Dios (2 Co 9: 7). Todo eso surge del eterno y fervoroso recuerdo de las palabras divinas. Quien recuerde bien y debidamente la doctrina divina, no puede permanecer quieto ni mostrarse lento o indolente cuando la palabra de Dios lo compromete e impulsa a la acción. Si se mantiene inmóvil en la pereza, cuando puede y debe actuar, es signo seguro de que ha olvidado, o no conserva el recuerdo como debe, es decir, de todo corazón (Dt 29).

En lo que a esto respecta, alguien podría preguntar: ¿Es que pretendes un siervo de Dios siempre obligado a la acción? Eso tiene, por cierto, un fundamento; porque está escrito: “Actuaréis o trabajaréis de acuerdo con la ley divina, todo el tiempo y durante toda vuestra vida. Siempre alabaréis a Dios” (Dt 4 y 11, Tb 4, Sal 33, Pr 17). Yo alabaré todo el tiempo a Dios. El que es amigo, ama todo el tiempo a su amigo, es decir, que un amigo muestra todo el tiempo exteriormente, de la manera en que Cristo lo dijo: “En esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Jn 13: 35).

Pero también [por el otro lado] está escrito: “Cada obra tiene su tiempo” (Ec 3), es decir, que un trabajo no puede desempeñarse eternamente. En un tiempo se realiza, en otro tiempo se detiene. Además, Dios ha establecido algunos mandamientos que sólo debemos observar en determinado tiempo y no durante toda la vida, no todos tus días, como dice el hebreo y como tú quieres que sea⁸. El sábado en el séptimo día, la séptima semana, el séptimo año, el quincuagésimo año, que también surgió del séptimo número; la Pascua, una vez al año, la Fiesta de los Tabernáculos y otras similares, una vez y no todos los días.

Respuesta: Si estas palabras simbólicas nos obligaran al pie de la letra como una vez las cumplieron los judíos, subsistiría, sin embargo, la palabra de Dios que dice: “Guardarán los mandamientos de Dios todos los días” (Dt 11: 1). Porque esa palabra “todos los días” significa que cada uno debe guardar los mandamientos de Dios en el tiempo, lu-

gar y caso que Dios disponga. Hay un tiempo en el que debemos estar alertas y ser industriosos. Hay un tiempo para dormir. Si hay pobres, debemos ayudar; si no hay necesitados, nuestra mano puede descansar. No obstante, debemos actuar o proceder todos los días de acuerdo con los mandamientos de Dios; debemos celebrar todos los días séptimos días, etc. En todo momento debemos prestar nuestra ayuda al pobre, al desposeído, al prisionero, al desnudo, etc. y perdonar las deudas de los empobrecidos, si es que tenemos tales deudores; si no los tenemos la ley de Dios no nos compromete. Los pobres estaban menos obligados a sacrificios costosos que los ricos. Pero esto sigue en pie: debéis cumplir los mandamientos de Dios todos los días. Debéis demostrar ante vuestro prójimo, vuestro amor a Dios y al prójimo.

Lo mismo ocurre con la supresión allí donde nosotros tengamos autoridad de las imágenes o misas, que son una blasfemia contra Dios y contra Cristo. Los que confesamos a Dios y encontramos ídolos debemos quitarlos y proceder con ellos como Dios ordena. Eso también tenemos que hacerlo durante toda la vida y todos los días. Si, cuando los encontremos en nuestra comunidad, y cada comunidad en su ciudad, de la misma manera cada comunidad es responsable de detener a los suyos (Dt 14: 15). Debes ser y permanecer siempre justo: debes actuar a diario según los mandamientos de Dios, y es justo y está bien cuando se entiende debidamente.

Los mandamientos simbólicos sólo atrapan y enredan a los débiles, y por los débiles es bueno que uno haya guardado y guarde aun los mandamientos figurados. Como dice Pablo: "Todas las cosas son lícitas, pero no todas las cosas son edificantes" (1 Co 10: 23). Y también: "Aun cuando tengas conocimientos y comprensión, no es para todo. No sabes cómo debes saber" (1 Co 8: 2). Debido a que la comprensión de muchos judíos era pequeña, y su ceguera grande, les faltaba libertad y estaban cautivos y obligados a guardar (literalmente) los mandamientos simbólicos de Dios, a pesar de que la intención de Dios era otra que la que muestran sus palabras. Y los débiles no cumplían la eterna voluntad de Dios. Por lo tanto tenían que guardar el sabat y otras fiestas y obligaciones de la carne —como las abluciones, etc.— al pie de la letra de la palabra divina y la intención aún oculta de Dios, hasta que reconocieron a fondo la verdadera justicia de Dios y la verdad justa. Pero quien quebrantaba o transgredía uno de esos mandamientos figurados de Dios, debía dar una justificación honesta, como lo hizo Cristo, y David, cuando no brindó a Dios sacrificio exterior (Sal 40). Esto no corres-

ponde aquí, pero yo lo menciono para que se sepa en qué medida deben guardarse los mandamientos de Dios todos los días. En forma figurada, significa en el momento que corresponde y que se ha señalado; pero, en el fondo, hay que guardar los mandamientos de Dios todos los días, en la medida en que lo exija el caso. Hay algunos mandamientos que exigen un tiempo, un lugar o una oportunidad; los mismos mandamientos deben guardarse todos los días, es decir, según la oportunidad, y nadie debe volverse para mirar a otros que se han mostrado negligentes y merecen castigo. Algunos otros mandamientos no contemplan una oportunidad, tiempo o lugar; esos deben seguirse eternamente y uno nunca debe apartarse de ellos o actuar contra ellos. Tales son los mandamientos de no hurtar, no matar, no cometer adulterio, no decir falso testimonio, no codiciar los bienes ajenos y otros semejantes. Esos mandamientos nos obligan en todo tiempo y en todo lugar. Quien proceda en contra de algunos de ellos, en cualquier momento o lugar, es un transgresor, desobediente e inicuo, que está despreciando a Dios. No debe volverse tampoco hacia ninguna asamblea o concilio, pues ya tiene su mandamiento, contra el cual no debe actuar. Por eso no debe hacer ninguna imagen, ni tolerarlas en los lugares en los cuales él tenga autoridad, no importa que representen a Dios, a Cristo o a los santos. Tampoco debe blasfemar contra Dios ni hacer nada semejante, prohibido por el pacto de Dios (que Moisés explica, y esas explicaciones de Moisés son ampliadas por los profetas), a menos que haya recibido una orden cierta e indudable de Dios, para actuar en contra de algún mandamiento; como cuando Moisés recibió la orden divina de hacer estatuas de querubines sobre el trono de la gracia (Ex 25: 18), que doce bueyes sostuvieron en el mar (Ex 30: 18, cf. 2 Cr 4: 4) y que levantara una serpiente en el desierto (Nm 21: 8). Quien no haya recibido una de esas órdenes de Dios sabe que peca y desobedece la voz de Dios, la cual ordena que no hagamos imágenes ni las toleremos allí donde los creyentes tengan autoridad. De la misma manera que nadie debe hurtar, matar, cometer adulterio o codiciar los bienes ajenos: si quebranta uno de estos mandamientos es desobediente, injusto e incurrir en pecado, y no se justificará con la multitud de débiles o enfermos. Pero si Dios le ordenara a uno hurtar, saquear, matar, cometer adulterio o codiciar bienes ajenos, y uno está seguro de que esa sea la voluntad divina deberá robar, como robaron los hijos de Israel a los egipcios (Ex 12; Hch 7), o matar, como Moisés a los reyes de Sehon y Heshbon (Dt 2: 26; Dt 29: 7)⁹. Pero sin el mandamiento de Dios, debemos

hacer todo lo que Él ha incluido en sus diez mandamientos y no prestar atención a nadie, salvo a los mandamientos de Dios y a nosotros mismos, para hacer o dejar de hacer lo que a Dios le plazca.

Dios habla siempre de acuerdo a las posibilidades de la lengua hebrea. Pero algunos colocan —en contra de la prohibición y la palabra de Dios— la cláusula: “no todos los días”. Se debe demorar —dicen— en beneficio de los débiles y no se debe seguir adelante. Pero, ¿acaso eso no es lo mismo que decir “debemos dejar a decisión del concilio lo que estamos haciendo y la medida en que debemos servir a Dios?”. Es lo mismo que decir: “No hay que apresurarse a cumplir los mandamientos de Dios en beneficio de los débiles; hay que aguardar hasta que se hagan prudentes y fuertes”. Esto sí podría tener sentido, si se lo expresa bien, como lo enseñó Pablo. También es extraño que demorando y postergando los claros mandamientos de Dios pretenden hacer avanzar a los débiles, cuando en realidad los están alejando con sus cuernos y con sus hombros, como profetizó Ezequiel acerca del hombre. No tienen doctrina alguna para todo eso. Pablo, a quien ponen torpe y neciamente como ejemplo de consideración al débil, está en total oposición a ellos. ¿Qué he de decir? Digo que esa gritería de “¡No apresurarse, no adelantarse! ¡Consideración, consideración! ¡Débiles, débiles! ¡Enfermos, enfermos!” está en abierta oposición a la palabra de Dios, a la cual no debes oponerte (Dt 4). Además este argumento (“Me contengo, tengo consideración y espero hasta que los débiles puedan seguir”) es una interrupción de las obras divinas, que está en oposición [a las palabras]: “No añadiréis ni disminuiréis” y a las palabras: “Haréis lo que Dios os ha ordenado y lo haréis todos los días” (Dt 11: 1).

Escándalo y amor al prójimo son un diabólico velo del mal

No está bien que se pretexto escándalo y amor al prójimo¹⁰, y bajo el aparente deseo de evitar el escándalo y de una apariencia de amor al prójimo se honre a ídolos y se permita crecer y florecer la misa y otras blasfemias a Dios. En un pequeño libro acerca del escándalo, que estoy escribiendo, señalaré cómo debe responderse e interpretarse esto. Pero por ahora diré que nuestras imágenes han sido puestas como trampa y lazo para el hombre, y para llevarlo a una perdición como la anunciada por Dios a través de Moisés y sus profetas. Además, los ídolos en la cristiandad son más peligrosos que prostíbulos carnales y más aptos para el adulterio espiritual que cualquier ra-

mera o bribón. Por eso, su pretexto no es auténtico amor fraterno, cuando bajo el velo y la apariencia de amor fraterno, ordenan mantener en las casas de Dios, en las montañas, en los valles y en las encrucijadas de los caminos los ídolos (a los cuales los legos llaman "santos") hasta tanto los débiles se hagan fuertes. Porque ellos predicen perjuicio al hermano y no servicio o amor fraterno. Un pretexto como ése no es otra cosa que el embozo de un bellaco y un lazo oculto para la perdición de la pobre alma, si es que Dios ha dicho la verdad y Pablo quien enseña lo contrario en este caso de escándalo (1 Co 8: 10) habla correctamente.

Deberíamos quitar a los débiles esas cosas dañosas y arrancárselas de las manos, sin tener en cuenta si lloran, gritan o maldicen por lo que les hacemos. Llegará el día en que quienes ahora nos execran y maldicen nos estarán agradecidos. Quien más amor fraterno demuestre a un necio, será aquel que quiebre su voluntad por la fuerza. Te lo demostraré por medio de una parábola. Isaías dice acerca de los insensatos que conservan ídolos, que ellos no comprenden su insensatez y que tampoco saben que están sosteniendo una cosa dañosa e insensata (Is 44). Quiero dejar eso establecido en primer lugar. A continuación pregunto: Si yo veo que un niño pequeño y sin discernimiento tiene un cuchillo filoso en la mano y quiere conservarlo ¿le demuestro amor fraterno dejándole el cuchillo peligroso y permitiéndole hacer su voluntad para que se hiera o se mate, o quebranto su voluntad quitándole el cuchillo? Con toda seguridad responderás: si arrebatas al niño lo que le provoca un daño, estás haciendo una obra cristiana de amor paterno o fraterno. Porque Cristo nos ha retratado en detalle el auténtico amor cristiano y fraterno, cuando dice: "Si tu mano es ocasión de escándalo, córtala y échala de ti" (Mt 18: 8). Cristo ha dicho eso para señalar el auténtico amor fraterno y Pablo coincide con Cristo, cuando habla de escándalos. Pero si es cierto que yo soy responsable y que cada cual está obligado si ama a Dios y a su prójimo a quitar al insensato las cosas que le ocasionen daño y escándalo, sin tener en cuenta si se irrita, llora o maldice por ello: ¿cómo se puede decir del amor fraterno que por él debemos dejar en pie y permitir que subsistan ídolos y otros escándalos, hasta que los débiles sigan? En realidad, lo que ellos llaman amor fraterno, es daño y escándalo fraterno. Su amor es un amor como el de una madre loca, que permite a sus hijos hacer su voluntad y los deja ir al cadalso. Cristo no ha dicho nada acerca de que debemos proceder lentamente con los escándalos, si los queremos suprimir y arrojar lejos de nosotros. Ha dicho:

"¡Corta, saca, echa de ti, no sea que te escandalice". Moisés dice también: "Tu ojo no le compadecerá, ni le tendrá misericordia, ni lo encubrirás, sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él" (Dt 13: 8 s; 33: 9; Mi 7: 10.17). Eso dice Moisés de la gente que escandaliza. Cuando más impulsaran sus palabras a suprimir los escándalos por causa de los cuales caen las almas ignorantes, [esos escándalos] que no tienen carne ni espíritu ni sangre ni aliento, en cuyo mejoramiento nadie puede esperar. Sobre ellos Moisés diría y clamaría, sin duda: "¡No los compadezcas, mátalos, tu mano sea la primera!".

Ahora bien, si alguien pretende replicar a estas palabras y decir que es necesario proceder en forma paulatina, sin apresuramiento y que hay que tener consideración hacia los débiles y no comenzar repentinamente, ese alguien está condenando la palabra de Cristo y de Moisés e incorporando la suya propia, en contra de Dios, con lo que se convierte en un falso cristiano y profeta. Cristo dice: "Si tu ojo se escandaliza, sácalo y échalo, es decir, si adviertes que tu ojo es motivo de escándalo" (Mc 9: 47). ¿Cuándo dice: "Procede lentamente", "No te apresures" o "Ten consideración con los débiles"? ¡Oh, grande y nefasta ceguera! Si el mundo supiera qué daño pueden provocar a los espíritus simples los ídolos y otros escándalos, se mordería los dedos antes de tolerar tal artificio. Pero, ¿acaso no es un embozo de tunante el que bajo la forma del amor fraterno se predique y se prometa un infernal daño fraterno? ¡Oh, devoradores del mundo! Cristo ha dicho: "Mejor te es cortar y echar de ti, que ser echado en el fuego eterno con esas cosas infernales" (Mt 18: 8). He escrito largamente y en detalle acerca de los daños ocasionados por la conservación de demoníacos santos (a los que nuestros vecinos llaman santos y nosotros llamamos ídolos). He escrito contra el miserable y desdichado chivo Emser, pero lo he suprimido teniendo en cuenta a los nuevos papistas¹¹. Pero aquellos que ahora leen y entienden la Biblia, advertirán sin duda cómo se me ha forzado con violencia y contra Dios.

El diablo ha ideado ese embozo de tunante, de la misma manera en que inventó y dijo aquello de que las imágenes son "los libros de los legos". Porque de esa manera, el diablo, como un ladrón, ha despojado a la palabra de Dios de su hora y se la ha entregado a las abominables y miserables criaturas blasfemas, y ha equiparado la palabra de Dios a las charcas idólatras que Dios odia y desea que nosotros odiemos y evitemos. Es imposible decir hasta qué punto injurian a Dios y en qué forma los ídolos pervierten al débil. Que venga un patrono de

ídolos y me diga qué raíz tienen los siervos de los ídolos que produce hiel y ajeno (Ex 23: 24; Dt 29: 15 ss). Si lo supieran se escupirían a sí mismos y dirían, vomitando: "¡Qué asco, devastadores de la Escritura y burladores de almas!". Si los ídolos representaran un peligro tan pequeño y un daño tan insignificante como el que vosotros afirmáis, Dios no los habría prohibido tantas veces por intermedio de Moisés y de los profetas, y tampoco habría dicho: "Os corromperéis si hacéis escultura, imagen de figura alguna", etc. (Dt 4: 15 ss). Dios dice que es nuestra corrupción. ¡Los papistas son sofistas! Porque, en contra de Dios, dicen que es amor fraterno. Mira cómo entienden a Pablo, quien ha dicho que los débiles —es decir, los ignorantes— se perderán comiendo la comida de los ídolos (1 Co 8: 11-13).

El que Dios haya ordenado a los judíos no exterminar a los paganos, sus enemigos, apresuradamente o con rapidez, sino poco a poco y con tiempo, no significa que los cristianos procedan también poco a poco y lentamente, cuando se trate de suprimir el escándalo.

Sin duda debería haber guardado una buena flecha para un enemigo obstinado y encamizado, si hubiera temido encontrar otro erudito, o no poder luchar puramente con la palabra o la espada de Dios, o si encontrara placer en poder burlarme de mi enemigo. Porque suele suceder que se trate a la palabra de Dios con deshonestidad. Por eso ahora quiero adelantarme y demostrar a los enemigos de la justicia divina lo que podrían decir si abrieran los ojos. Y, sin embargo, muy pronto destruiré su fundamento. Pregunto lo siguiente: ¿no tienen los siervos de los ídolos y los defensores de las imágenes una buena base para proteger y salvar a sus ídolos del fuego por un tiempo, aunque no quieran justificarlos eternamente? Porque Dios ha dicho: "no los echaré de delante de ti en un año, para que no quede la tierra desierta y se aumenten contra ti las fieras del campo. Poco a poco o despaciosamente, con pausa y tiempo los echaré de delante de ti, hasta que te multipliques y tomes posesión de la tierra" (Ex 23: 29 s). Eso dijo Dios de los paganos cuya tierra habían de recibir los judíos. Y dijo: "No los echaré en un año. Poco a poco y suavemente los expulsaré". Y bien, esto se adapta y condice con la remoción de las imágenes, en especial como comparación. Porque si los judíos debían destruir poco a poco o con el tiempo a sus enemigos, qué daños tan grandes podían ocasionarle, cuanto más paulatinamente debían expulsar a los ídolos, que no les podían ocasionar daños. Pero esto significaría que también tenemos que actuar poco a poco y no destruir los ídolos en un año. A eso se refiere el pasaje que sigue diciendo

asi: "No debes ligarte a ellos ni aliarte a sus dioses. No permitas que permanezcan en tu tierra, para que no te hagan pecar contra mí". Y dijo Dios: "Porque si sirves a sus dioses te perderás". Ahora dime si también tenemos que proceder poco a poco, si queremos expulsar a los ídolos. No debemos hacer pacto con los falsos dioses, de la misma manera que no debemos unirnos a los paganos. Tampoco debemos permitir que los ídolos permanezcan en nuestra tierra. Sí, con el tiempo y poco a poco, en beneficio de los débiles, debemos expulsar tanto a los ídolos como a los paganos. Por eso no se debe proceder en forma repentina, ni tener prisa. ¿No es esta una razón buena, firme y sólida?, ¿quién es capaz de derribar esta pared de acero?

Respuesta: ¡Oh miserable ceguera! ¡Miope maldad! ¡Con qué parches extraños remiendas tu capa! No puedes ayudarte con esas patrañas. Te enfrentaríamos por amor a la verdad, aun cuando tuvieras razones mejor fundadas para seguir realizando tu tarea y para volver tu faz más digna de elogio. Porque tus escritos esgrimidos suenan como si el cetro abacial de Pegau los hubiera cantado —que también sabe así dar color a sus razones—¹².

Ahora veamos cómo condice este texto. Es verdad lo que dicen en primer lugar estos patrones de ídolos: Dios no quiere expulsar a los gentiles en un año, etc. y prohibió a los judíos que procedieran rápida, apresurada y repentinamente. En cambio es invento tuyo que por esa razón debemos proceder poco a poco y sosegadamente con la remoción de las imágenes. No me estoy dirigiendo a ti, mi querido hermano, sino a un defensor de los ídolos. Es tu sabiduría y tu añadido, y no el añadido de Dios, lo que tú dices en beneficio de los débiles. Yo pregunto: ¿dónde está escrito que los judíos debían expulsar lentamente a sus enemigos, en beneficio de los débiles? Dios ha dado sus razones. Pero si Dios es lo bastante sabio y leal, sus razones también serán buenas, honestas y suficientes. Pero Dios no dice "Debéis actuar lentamente y proceder poco a poco por consideración de los débiles". Es más, por consideración a los débiles Dios habría exterminado a todos los paganos de una vez. Por eso prohibió a los judíos toda amistad y comunidad con los gentiles, para que los judíos no se apartaran de Él y para que los gentiles no se convirtieran en una trampa y un lazo para ellos (Dt 7: 3 ss; Jos 23: 13). Dios ha dado sus razones y en ellas hay que apoyarse con mayor firmeza que en una pared, y no reforzarlas con añadidos humanos. Dios ha dicho: "No debéis exterminarlos de prisa y repentinamente, para que no quede la tierra desierta y aumenten las fieras del campo" (Ex 23: 29 ss). Ahí tienes la ra-

zón, que es divina, honesta y suficiente, y que Moisés también expone en otro lugar, sin más añadidos (Dt 7). En ninguna parte veo que diga otra cosa que ésa, que Dios extirparía a esa gente, uno a uno, para que las fieras, etc. A eso, los defensores de los ídolos pueden aducir que los enemigos tenían manos, que podían golpear y dañar y que podían escandalizar grandemente, como dicen Moisés y Josué, y como es evidente: los gentiles podían escandalizar con falsas doctrinas y los ídolos no pueden hacerlo, etc. Yo respondo: Dios prefirió que los gentiles permanecieran, para probar con ellos al pueblo israelita, para que éste se hiciera más prudente, para que aprendiera a luchar contra su enemigo y, a través de la lucha externa, aprendiera a combatir la carne con él y a someterla, a defenderse de las fieras del campo y a vencer las falsedades con la verdad y con doctrinas salutíferas (Jue 3; Jos 1-3). Si los ídolos pudieran defenderse, no serían tan peligrosos como son y no serían un lazo tendido para atrapar. Además, es insolente que un hombre se permita aducir razones de orden divino cuando no tiene un fundamento divino para hacerlo. Por eso habría sido suficiente con que dijera: Dios así lo quiere. Advierte cómo el maestro de ídolos ha puesto el yelmo a sus pies y ha mirado la Escritura a través de una manopla de latón. Yo habría dejado pasar su argumento basado en la analogía si no hubiera dañado a la Escritura y no hubiera representado una desventaja para los simples. Pero, puesto que sus palabras están evidentemente dirigidas contra las justas palabras de Dios y se atrae a los ignorantes a la caída y a la perversión, no estoy dispuesto [a tolerarlo] y digo que está en contra de Dios.

Está en lo cierto cuando dice que los judíos no debían dejar que los dioses de los gentiles permanecieran en su tierra. Pero cuando añade por su cuenta y dice que los judíos también debían proceder en forma paulatina y no apresurarse, sino expulsar poco a poco y con el tiempo a los ídolos, eso es un añadido. Quizá Dios diga que no deben permitir que los ídolos permanezcan en su tierra, como los gentiles, porque no podían matar a un gusano o a un animal y sólo servían para el pecado y la perversión. Por eso los judíos debían destruir los ídolos de los gentiles y no debían permitirles permanecer allí donde ellos pudieran y tuvieran autoridad.

Dios prescribió dos clases de expulsión a los judíos: una, acerca de cómo debían expulsar a sus enemigos; la otra, de cómo debían suprimir los dioses, ídolos o imágenes de los gentiles. Lo primero debía cumplirse despaciosamente; lo otro, pronta y repentinamente (Ex 23). Por eso dice el texto: no permitas que los ídolos permanezcan en tu

tierra, es decir: no procedas lentamente, como con los gentiles, hazlo pronto. Las Escrituras demuestran que ése es el sentido verdadero y la recta interpretación. Arriba está escrito, pues: "No harás sus obras, sino que los destruirás del todo y quebrarás totalmente...". Dios no dice que quiebran los ídolos poco a poco, como debían destruir al enemigo, sino inmediatamente. Porque, puesto que Dios habla de hombres y de ídolos de los gentiles, y dice que no destruirán a las gentes hostiles en un año o rápidamente, se deduce, por otra parte, que deben acabar con los ídolos lo antes posible. Sin embargo prefiero demostrar esto con la Escritura, antes que con reglas humanas y señalar al lector el Deuteronomio, capítulo 7, en donde Moisés repite el texto antes mencionado y lo renueva al decir: "No puedes o debes devorarlos totalmente o apresuradamente..., etc." (Dt 7: 22). Esta frase es completa, definitiva y concluyente y condice con nuestro criterio.

Sigue una cláusula muy particular que significa la supresión del escándalo y dice: "Quemareis las esculturas de sus dioses en el fuego" (Dt 7: 25). No está escrito que se deba proceder paulatinamente, como dice más arriba, sino de inmediato. "Debéis destruirlas". Eso está más claro aún en el mismo capítulo 7, cuando dice: "Destruiréis sus altares, quebraréis sus columnas, derribaréis sus imágenes de Aserá, y quemareis sus ídolos" (Dt 7: 5). ¿Cuándo? Mientras estén exterminando poco a poco a los gentiles. ¿Por qué? Para que no aprendan a servir a dioses ajenos. O para que los ídolos no los hicieran pecar contra Dios (Ex 23). Porque el dejar los ídolos en pie los llevaría a la perdición. ¿Ves ahora por qué hay que proceder rápidamente a voltear el escándalo? ¿Ves por qué Jeremías ha dicho: "Israel, si quitaras las abominaciones de ti no caerías" (Jer 4). Los gentiles no podrían escandalizarte si hicieras eso, porque ellos mismos se están perdiendo (a causa de los ídolos); los tienen en su mano derecha y no dicen: "Es pura vanidad lo que tengo en mi mano derecha" (Is 44: 20). Todo se basa en el escándalo. Por eso es preciso quitar rápidamente lo que se ha levantado para escándalo y perversión del prójimo, y no proceder poco a poco. Por esa razón Dios envió un ángel a los judíos y les hizo decir "Yo os saqué de Egipto y os traje a la tierra prometida a vuestros padres, para que mantuviereis celosamente mi pacto y no lo hicierais inútil y os ordené no hacer alianza con los gentiles, sino derribar sus altares. Pero vosotros no oísteis mi voz, etc."

Estas historias muestran claramente que los judíos no debían hacer alianza con los gentiles ni proceder en forma paulatina cuando se

trataba de derribar altares, y que Dios los perseguía y les causaba daños porque se mostraban negligentes. Dios es lo bastante prudente para añadir a sus palabras cuándo y cómo se ha de proceder poco a poco, lentamente, y no con rapidez y en forma repentina. Por esto sin duda es una gran insolencia anticristiana enmendar la sabiduría de Dios y añadir algo a sus palabras, en especial cuando el añadido está contra la voluntad de Dios y resulta en perjuicio del alma del prójimo, y decir: "Aquí o allá hay que esperar, a causa de los débiles, y proceder en forma paulatina...". Es una insolencia, cuando Dios no ha dicho que procedamos lentamente o en forma paulatina. Sobre todo cuando, por lentitud, se aleja más a los débiles del camino de la verdad y se los hace caer en mayor error. Está escrito: "Maldito el que hiciere errar al ciego en el camino" (Dt 27: 18). Cuánto más maldito ha de ser el que haga errar al alma ciega en el camino y en la palabra de Dios. Y eso lo hace todo aquél que deja ante su hermano un escándalo, una trampa o una señal del diablo. Bendito será, en cambio, aquél que arranca a su hermano de la perdición aun en contra de la voluntad de éste y causa una tristeza a aquél cuyo bien desea: como un padre que provoca el enojo de un hijo a quien ama, cuando le quita un cuchillo afilado.

En los escándalos de la fe, aquél que tiene un espíritu fuerte y es capaz de soportar algo puede arrancar, derrumbar y quebrar antes de predicar, como Gedeón, aun cuando éste tuvo temor y derribó el altar de Baal por la noche (Jue 6: 25 ss). Sin embargo, yo digo que es necesario atacar los escándalos públicos con la prédica antes de que siga la acción. Esto queda demostrado por el proceder de Gedeón y el de Asa, que barrió la abominación de los ídolos y destruyó a su madre (1 Re 15: 9 ss), Josafat (2 Cr 17: 1 ss), Jehú (2 Re 9: 1 ss), Ezequías (2 Re 18: 1 ss), Sedequías (2 Re 24: 18 ss). O (despreciar los escándalos, antes de predicarlos), como Sadrac, Mesac y Abed-Nego (Dn 3: 8 ss) y muchos otros. Porque, aunque Pablo y Bernabé pronunciaron breves prédicas, no estamos sujetos a su ejemplo, aun cuando hubieran pronunciado muchas grandes prédicas de antemano. Porque el ejemplo de Cristo (Mt 21: 12 s; Jn 2: 14 ss) es, sin duda tan vigoroso como el de ellos. Cristo ahuyentó a los mercaderes del templo, mientras decía: "¿Por qué hacéis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones y una casa de mercado?" Si buscáis los mandamientos y enseñanzas de Dios encontraréis esto: ¡Destruid todos los lugares en los que los gentiles (que vosotros conquistaréis) han

servido a sus dioses, ya sea en los cerros altos o en las montañas, o bajo los verdes árboles, y quebrad y devastad y quitad, etc. Dios no ordenó a los judíos que predicaran a los gentiles, antes de quitarles sus ídolos. Pero ¿son acaso nuestros cristianos idólatras algo más que paganos por doble partida? Por eso no es necesario instruirlos antes de quitarles su perversión si se encolerizan, sin duda después reirán. Dios no dio la orden a los judíos para todo el mundo, sino para los lugares que conquistarán, en los cuales llegaran a gobernar. De acuerdo con eso, la conclusión es la siguiente: en donde gobiernan los cristianos, no deben tener en cuenta a ninguna autoridad y deben voltear y derribar, por su propia cuenta, lo que esté en contra de Dios, aun sin prédica. Hay muchos de esos escándalos, como la misa, las imágenes, la carne de ídolos (que los frailes comen ahora) y cosas por el estilo. Pero cuando una cosa está basada en palabras simbólicas de Dios, habría que predicar antes y revelar la voluntad oculta y permanente de Dios, antes de actuar contra cualquier pasaje de la Escritura, o (hacerlo) al mismo tiempo o inmediatamente después, cuando hay personas que podrían escandalizarse ante el ejemplo que (en apariencia) está en contra de la Escritura y aclarar las razones del nuevo ejemplo, como lo hizo Cristo, cuando sus discípulos violaron el sábado según la letra y la apariencia exterior, y Esteban, cuando desdénó el templo, y Pedro, cuando bautizó a Cornelio, y Pablo, cuando habló y actuó contra la circuncisión. Todos ellos interpretaron la ley de Dios, como lo habían hecho también los profetas. Por eso, Pablo quiere que en este caso se tenga consideración con los débiles, es decir, con los ignorantes. Pero aquí quisiera yo preguntar: ¿por qué Pablo no permitió que los gálatas se siguieran circuncidando hasta que ellos y otros fueran lo suficientemente fuertes y sabios? Pero las tradiciones humanas pueden ser muy bien quebradas, cuando no tienen plantas de verdad divina, si bien no se las puede aplastar de otra manera que por medio de la palabra de Cristo. "Toda planta que no plantó mi Padre será desarraigada" (Mt 15: 13). Las leyes de los hombres son el estiércol, que los judíos debían llevar fuera de sus carpas y enterrar. Lo que Dios ha prohibido y lo que hace pecar contra él y pervierte al prójimo, debe ser retirado, cuanto antes mejor. Porque de esa manera se está sirviendo a Dios y se está haciendo un bien al prójimo —aunque él se queje y rezongue por ello— y se lo lleva a esforzarse por aspirar a lo que más le conviene. Que Dios nos ayude en esto. Amén.

Escribiré un tratado especial acerca de la multiplicidad de escándalo, porque veo que es necesario. En el mismo señalaré con claridad que los que gritan diariamente "¡Tened consideración de los enfermos, por el escándalo!" son los que están precisamente en medio del escándalo y los que más escandalizan a los enfermos.

ANEXO

DEL TERCER ORDEN DEL CULTO

Martín Lutero¹

Hay tres formas distintas del culto y la misa. En primer lugar una latina, que hemos publicado antes y que se llama *Formula missae*. No pretendo que se la preserve ni que se la transforme por lo que aquí escribo; debemos ser libres para utilizarla, donde y cuando nos plazca o nos muevan razones, tal cual la hemos celebrado hasta ahora entre nosotros. Porque de ninguna manera quiero suprimir el idioma latino del culto. Porque a mi juicio todo debe hacerse por la juventud². Porque si yo pudiera hacer que el griego y el hebreo nos fueran tan familiares como el latín, y tuvieran toda su música y su sonoridad, un domingo tras otro se celebraría, se cantaría y se leería la misa en los cuatro idiomas: alemán, latín, griego y hebreo.

No estoy de acuerdo con aquellos que sólo se vuelcan a un idioma y desprecian a todos los demás. Porque yo quisiera formar una juventud y gente que también puedan ser de utilidad a Cristo en países extraños y puedan hablar con sus habitantes, para que no nos ocurra como a los valdenses en Bohemia, que encerraron su fe de tal manera en su propio idioma, que no pueden hacerse entender ni hablar con claridad con nadie que no haya aprendido antes su idioma. Pero el Espíritu Santo no procedió así en el principio; no aguardó a que todo el mundo fuera a Jerusalén y aprendiera hebreo, sino que brindó toda clase de lenguas para la predicación, a fin de que los apóstoles pudieran hablar, fueran donde fueran. Prefiero imitar este ejemplo; además es razonable que se ejercite a la juventud en muchos idiomas. ¿Quién sabe cómo ha de utilizarlos Dios con el tiempo? Y para eso se han creado las escuelas.

Luego está la misa y el culto en alemán, que debe instituirse en beneficio de los laicos simples. Pero debemos admitir que esas dos formas se celebran públicamente en las iglesias, ante todo el pueblo; entre ese pueblo hay muchos que todavía no creen ni son cristianos. La mayor parte hace acto de presencia y mira para ver algo nuevo. Es lo mismo que

si celebráramos el culto en una plaza o campo, entre turcos o paganos. Porque aquí no se trata aun de una reunión ordenada y determinada, en la cual se pueda gobernar a los cristianos de acuerdo con el Evangelio, sino que es un estímulo público a la fe y al cristianismo.

Pero la tercera forma, la verdadera naturaleza que debería tener el orden evangélico, no debería transcurrir en forma tan pública en la plaza, ante todo el pueblo, sino que aquellos que desean con seriedad ser cristianos y confesar el Evangelio con la mano y la boca, deberían anotarse con su nombre y reunirse solos, por ejemplo, en una casa para orar, para leer, para bautizar, para recibir el sacramento y practicar otras obras cristianas. En este ordenamiento podría conocerse, castigarse, reformarse, expulsarse o someterse a la excomunión, según la regla de Cristo (Mt 18: 15 ss), a quienes no se comportaran como cristianos.

Aquí podría imponerse también una limosna común a los cristianos, que se daría voluntariamente y se repartiría entre los pobres, según el ejemplo de Pablo, 2 Co 9: 1- 2. 12. No necesitaría mucho canto, ni canto muy importante. También se podría utilizar una fórmula breve y justa para el bautismo y el sacramento y orientar todo hacia la palabra, la oración y el amor. Habría que tener para ella un catecismo bueno y breve acerca de la fe, los Diez Mandamientos y el Padrenuestro. En una palabra, si se contara con la gente y las personas que desearan seriamente ser cristianos, no se tardaría en establecerse los ordenamientos y las formas.

Pero yo no puedo ni debo organizar o establecer una comunidad o congregación como ésta. Porque aún no cuento con gente y con personas para eso; tampoco veo que muchos insten a hacerlo. Pero si llegara a suceder que yo tuviera que hacerlo y me viera compelido a ello, al punto de no poder omitirlo con la conciencia tranquila, haré de buen grado lo que esté de mi parte y ayudaré lo mejor que pueda. Mientras tanto me atenderé a las otras dos formas mencionadas, junto con la pública, y ayudaré a promover el culto públicamente entre el pueblo, para preparar a la juventud y para llamar y estimular a los otros a la fe, hasta que los cristianos tomen en serio la palabra de Dios, se encuentren a sí mismos y se contengan, no sea que aquello se convierta en una facción, como ocurriría si yo la hubiera promovido por mi iniciativa. Porque nosotros, los alemanes, somos un pueblo salvaje, rudo y rabioso, con el cual no puede emprenderse fácilmente algo, a no ser que lo imponga una urgente necesidad.

NOTAS A LA INTRODUCCION

¹ El mismo tema era de actualidad en Zurich; la "disputación" de octubre 1523 fue convocada principalmente por iniciativa privada de los radicales que habían retirado imágenes de la iglesia de Zollikon.

² Cf. más adelante (pág. 137) en la carta de Grebel.

NOTAS AL TEXTO

¹ El concepto de junco que, en vez de servir como bastón, lastima al que se apoya en él, es frecuente en el Antiguo Testamento: 2 Re 18: 21. Is 36: 6, Ez 29: 6.

² "Ungidos": es decir, los sacerdotes consagrados.

³ Una probable referencia a Romanos 14.

⁴ Es decir: las cosas acerca de las cuales el apóstol Pablo había sido intransigente eran asuntos de mayor trascendencia que los que estaban en juego en la Reforma.

⁵ Gl 3: 1 ss. Cuando Carlstadt repite el contenido de un texto, no lo cita al margen. "¿Os dejáis circuncidar?" no se encuentra textualmente pero corresponde al propósito de Gálatas.

⁶ Tres términos en este pasaje se forman de la misma raíz: *binden*. (Moisés obligado). *Banden* (lazos) y *Bund* (pacto). El juego de palabras podría reflejarse traduciendo "lazos" como ob-liga-toriedad y "pacto" como liga o ligazón.

⁷ Carlstadt está repitiendo otro argumento de sus adversarios.

⁸ Aquí "tú" es Carlstadt.

⁹ En el Antiguo Testamento se trata de Og, rey de Basán, y Sehón, rey de Herbón.

¹⁰ Ver el desarrollo del concepto de "amor" en la Reforma oficial: Yoder, *Das Gespräch* pág. 44 y ss. Es otra palabra para referirse a "cuidar la unidad social".

¹¹ Jerónimo Emser había criticado el escrito anterior de Carlstadt sobre la remoción de las imágenes: Lutero y sus amigos ("nuevos papistas") no permitieron que se publicara la réplica de Carlstadt.

¹² Simón Blick, abad del monasterio benedictino de Pegau, cerca de Lipsia, publicó un texto antiluterano que incluía un ataque contra un escrito de Carlstadt (*Super colibatu*, 1521). "El cetro canta" no significa otra cosa que una publicación o proclamación del referido abad.

NOTAS AL ANEXO

¹ Extracto del prefacio a la "Misa alemana" y al "Ordenamiento del culto" (1526). Fuente: Martin Luther, *Ausgewählte Werke*, Hg. H. H. Borchardt und Georg Merz, Band III, Munich, 1950⁴, págs. 129-131.

² La "juventud", en la mente de Lutero, significaba los estudiantes, cuya educación y vida intelectual procedía principalmente del latín. El alemán era la lengua de los analfabetos, para quienes se hace esta "Misa alemana".